

¿A dónde fue mi Alma Mater? Crónica de la transformación de la ENAH Chihuahua en EAHNM contada por una egresada

Irma Gabriela Fierro Reyes
Coordinadora de la Extensión Creel de la EAHNM

Antes de dar inicio a la crónica que se anuncia en el encabezado que precede a estas líneas tengo que hacer un par de aclaraciones importantes, y que el amable lector deberá tomar en consideración al abordar este ensayo. La primera es que el presente escrito no es ni pretende ser un texto académico; por el contrario, se trata simple y llanamente de una vivencia personal, de la manera en la que viví la transformación de la institución que sería mi alma mater, la que me brindó las bases de mi formación profesional, y que hoy es mi espacio de trabajo. Asimismo expresa algunas de las reflexiones que, en retrospectiva, he venido construyendo sobre tal acontecimiento, a poco más de cinco años de haber sucedido.

Segundo, por ser un relato netamente personal no deseo ni intento que quienes lean estas líneas compartan lo que en ellas se expresa; por lo tanto sobra decir que la única responsable de las opiniones aquí vertidas soy yo y solamente yo.

Por último, no me resta más que agradecer a quienes me encomendaron esta noble tarea y aguantaron mis demoras en el proceso. Creo que es un privilegio poder disponer de este espacio, ya que no todos los días se tiene la oportunidad de relatar lo que uno experimenta como parte de su formación antropológica; esto tomando en cuenta que cada vez es más restringido el acceso a los espacios de publicación dentro de la academia antropológica, y sobre todo partiendo del hecho de que la gran mayoría de los lectores del Expedicionario son los alumnos de la EAHNM, quienes ahora tendrán la oportunidad de conocer un poco más de la historia y el origen de su escuela, contados desde distintas voces y posiciones.

Esta es mi historia... la historia de una egresada en antropología que un día salió de su alma mater para emprender un largo viaje, y que cuando volvió a ella encontró una escuela muy distinta a la que dejó años atrás.

Todo inició hace más de doce años, cuando ingresé a la entonces ENAH Unidad Chihuahua. Recuerdo que para mis compañeros como para mí era motivo de enorme orgullo sabernos parte de la ENAH, la institución que se convirtió en el hito de lo que hoy es la formación de cuadros antropológicos en el país, y que definió –en gran medida– los caminos recorridos por la antropología en México y en América Latina. Esa satisfacción prevalecía a pesar de las incontables vicisitudes que sorteábamos al ser la “octava carrera” de tan afamada escuela; dificultades que pueden resumirse con el simple hecho de que muchos de nuestros colegas en el país (en formación y consolidados) ni siquiera sabían de nuestra existencia.

Dos años después de haber concluido mis estudios (a mediados del 2010) obtuve el grado de antropóloga; sí, como antropóloga, a secas. Durante cuatro años pensé que me titularía como antropóloga social, pero no fue así. Y es que al ser responsable de esa “octava carrera” de la ENAH, la Unidad Chihuahua no podía duplicar la licenciatura que ya se ofrecía en México. Por eso se optó –para fines administrativos– que todos los alumnos del norte estuviéramos adscritos de esa forma a la institución educativa que para ese entonces nos cobijaba. Esto lo supe hasta que inicié los trámites de mi titulación, una vez terminada la carrera y justo cuando tuve que llenar la papelería requerida; antes de eso ni siquiera me pasó por la mente. Creo que esto le ocurrió a más de dos compañeros, estoy casi segura.

Para ese entonces ya había puesto miras en un posgrado que se encontraba muy lejos de Chihuahua, y al que finalmente ingresé pocos meses después. Me iba de mi terruño dejando una ENAH Chihuahua que poco había cambiado en su organización interna desde que yo la conocí, a pesar de que en ese momento se encontraba estrenando nuevas instalaciones (¡pero sobre todo propias!), en el mismo lugar en donde ahora se asienta la EAHNM.

Todo fue muy de repente... corría el mes de agosto del año 2011, y la noticia pronto llegó hasta Yucatán, lugar donde me encontraba cursando el primer cuatrimestre de la maestría. ¿La fuente de primera mano? el internet; los periódicos digitales y las redes sociales no paraban de hablar de la escuela de antropología recién creada en Chihuahua, y de sus cuatro especialidades ¿Pero de qué están hablando?, pensé ¡Si nuestra ENAH Chihuahua tiene más de 20 años! ¿Cuatro licenciaturas? ¿De dónde salieron? Esto era lo que rondaba por mi mente mientras leía las notas sobre el tema. Aunque en ese momento todo parecía muy confuso, pronto lo entendí. La ENAH Unidad Chihuahua había dejado de existir como tal para convertirse en la Escuela de Antropología e Historia del Norte de México, la EAHNM.

De entrada, esto significaba la tan ansiada independencia con respecto a la ENAH. Por fin nuestra escuela se había liberado de los engorrosos y tardados trámites burocráticos que la ataban a ella. Pero luego de pensarlo un poco más, y ahora que la ENAH Unidad Chihuahua no existía formalmente, ¿era justo que me refiriera a la nueva EAHNM como “mi escuela”, “mi alma mater”? Mi razonamiento, en ese momento, me dictó que no; entonces me vi en medio de una profunda crisis de



Imagen 14. Práctica alumnos Creel y Chihuahua. Foto Mundo Gómez, 2015.

identidad. De repente mi querida escuela había desaparecido, y a ello se sumaba el hecho de que me encontraba estudiando un posgrado que no era estrictamente antropológico, lo cual vino a confrontar una y otra vez lo que sabía, lo que hacía y lo que escribía como antropóloga; una antropóloga “a secas”.

Ante esos hechos mi primera reacción fue de desagrado (e incluso reprobación) ante la idea de tan radical cambio. Y sé que no fui la única que sintió esto, y lo sé porque pronto –a pesar del lugar tan distante en el que me hallaba– pude intercambiar impresiones sobre la creación de la naciente EAHNM con otros egresados de la ya extinta ENAH Chihuahua; compañeros con los que compartí ese espacio escolar que ahora parecía haber desaparecido.

Luego del “boom” de la primicia, y de la oleada de noticias que giraron en torno al nacimiento de la EAHNM, las cosas se asentaron, más pronto de lo que pensé en un principio. Todo continuó su rumbo, y en mi caso seguí concentrada en las exigencias que demandaba mi posgrado, en el trabajo de campo, en la metodología que emplearía, en la redacción de mi segunda tesis... y sin pensarlo, de un momento a otro olvidé el tema, en medio de la tremenda cantidad de trabajo que me agobiaba.

De manera intermitente recibía algunas noticias con respecto a la EAHNM y a su funcionamiento. Algunos decían que el cambio había sido para bien, otros más (creo que la mayoría) pensaban lo contrario. A pesar de las controversias en torno a la escuela, mi punto de vista perdió el apasionamiento

con el que tomé el asunto en un primer momento, y pensé que no podría opinar más sobre ello hasta que no conociera a la EAHNM por mí misma.

A casi dos años del surgimiento formal de la EAHNM, es decir a inicios del 2013, vi anunciada en los medios electrónicos una convocatoria interesante. De entrada, parecía que el foro de intercambio académico que se publicitaba era totalmente familiar y conocido por mí. Sin embargo, bastaba con echar un vistazo más a fondo a dicha convocatoria para darse cuenta que esto no era del todo así. Se trataba de la invitación a participar en el Primer Congreso Internacional Carl Lumholtz, auspiciado por la EAHNM... su sede, sería la Extensión Creel de la Escuela.

De nuevo, mi reacción fue de sorpresa. Aunque el nombre era el mismo, ya no se trataba de aquel coloquio que se celebraba bianualmente en la ENAH Chihuahua, idea genuina de Juan Luis Sariago. El “Carl Lumholtz” que yo conocí como estudiante, espectadora y ayudante de staff era eso: un coloquio al que venían, a través de una invitación ex profesa, un conjunto de afamados investigadores nacionales e internacionales, y que se daban cita en tal evento para discutir en torno al norte de México y sus componentes socioculturales.

Pero la sorpresa no paró ahí ¿Qué era eso de la “Extensión Creel” de la EAHNM? ¿No había bastado con transformar a la escuela totalmente, dotarla de cuatro licenciaturas, una nueva maestría en Antropología Física y ahora esto? ¿Desde cuándo

tiene una unidad académica en Creel? ¿Allí se impartirá otra licenciatura? ¿Cómo funcionará dicha unidad? ¿Quiénes dan clases en ella? Todas estas dudas me agobiaban ¡Quería saber más! No obstante, debo confesar que la idea de la existencia de la Extensión Creel –de entrada– no me desagradó tanto, como sucedió cuando supe del surgimiento de la EAHNM.

Me parecía sumamente interesante que la escuela hubiera optado por ampliar sus horizontes, haciéndose presente en la Sierra Tarahumara; región que ha sido uno de los sitios de estudio predilectos para la antropología en nuestra entidad, y en el norte del país en general. Sin duda, tenía que asistir a ese Primer Congreso Internacional Carl Lumholtz, y observar por mí misma todos esos cambios... y así fue.

Corría el mes de agosto del 2013. Unos días antes de trasladarme a la localidad de Creel para mi participación en el congreso, hice la visita obligada a la EAHNM; el objetivo principal: recoger mi título de licenciatura, que ya había llegado a Chihuahua un par de meses antes. La situación era chistosa, un tanto enrarecida, ya que iría a recoger mi título como antropóloga de la ENAH Unidad Chihuahua a la nueva EAHNM ¡Qué bueno que mi título todavía fue expedido como ENAH! Pensaba en el trayecto a la escuela.

Al llegar a la EAHNM, y junto con la alegría que me colmaba en ese momento (y es que siempre es muy emocionante recibir finalmente los títulos que tanto trabajo cuesta adquirir), encontré caras nuevas, pero también muchas familiares – y muy entrañables–. De la mano de mi amiga Susana Venzor (quien para ese entonces trabajaba en la EAHNM, en la maestría en Antropología Social) conocí a un par de profesores de la licenciatura de Arqueología, algunos otros de Lingüística y otro par más de Antropología Física.

¿Mi primera impresión? La verdad fue totalmente distinta a lo que imaginaba. Siendo sincera debo decir que me entusiasmó muchísimo la idea de que la escuela contara ahora con gente tan joven trabajando en ella; gente que venía con nuevas perspectivas, con otras propuestas, desde otros campos de estudio antropológico. Luego de las presentaciones habituales, me vi inmersa en una interesante conversación que pasó de los minutos a las horas. Supe en ese momento, por ejemplo, que en la licenciatura en Antropología Física se impartía la asignatura de Ecología Humana ¡Sí! ¡La especialidad que precisamente cursaba en la maestría! Conocí los proyectos que tenían que ver con los laboratorios de Arqueología y lo que se hacía en el Centro de Lenguas a cargo de los lingüistas.

Y pensé entonces que el cambio de la ENAH Chihuahua a la EAHNM no había sido del todo malo, sino todo lo contrario; era la oportunidad que la escuela tenía para diversificarse, para llegar a más espacios de estudio, para incursionar en la interdisciplinariedad y proponer explicaciones más integrales, más holísticas... y la idea me gustó.

Dos días más tarde, me trasladé –junto con mis buenos amigos Lenin Acosta, Julio Pérez y mi esposo Ricardo Ro-

dríguez– al poblado de Creel, para participar en el congreso. Ellos, Abel Rodríguez (quien era en ese entonces coordinador de la Extensión Creel de la EAHNM), y yo conformamos un simposio, que el mismo Abel encabezaba. Cuando llegué al sitio que albergaba al congreso –y por supuesto a la propia Extensión Creel, el Ichiméame– no pude disimular mi asombro y me quedé con la boca abierta, literalmente ¡Eran unas instalaciones inmensas! Y pensé que era un excelente espacio para las clases.

Estando allí vi muchas caras familiares (entre ellas a los colegas de otras disciplinas que hacía un par de días había conocido en la EAHNM) y otras no tanto. Pude observar también a quienes fungían como staff en el evento; eran estudiantes de la EAHNM, tanto de Chihuahua como de la Extensión Creel. Nuestra participación transcurrió con normalidad, aunque en todos nosotros, los miembros de mi simposio, había un cierto sentimiento de desconuelo al ver que éramos pocos los egresados de la ENAH Chihuahua los que estábamos allí, participando en el Primer Coloquio Internacional Carl Lumholtz.

Y bueno, luego de las formalidades del cierre del evento, y de la convivencia obligada, era momento de despedirme de Creel, de sus caseríos, de su disfrutable clima y de sus cumbres boscosas... esa geografía que tanto extrañaba en la península de Yucatán. Y me despedía con un quedo de nostalgia, sin saber cuándo volvería a estar en esas tierras serranas, en las que tantas veces había hecho trabajo de campo. Y lo hacía sin imaginar siquiera que pocos meses después (cinco para ser exacta) volvería a Creel, específicamente a la Extensión Creel de la EAHNM, pero ahora como profesora de tiempo completo.

Y volví a la EAHNM con otra idea totalmente distinta a aquella que concebí cuando la escuela surgió; volví dispuesta a trabajar, a ponerme la camiseta, a dar todo en el salón de clases. Sin embargo, no regresaba a esa “nueva” escuela simplemente; mi retorno no era a la ciudad de Chihuahua, al espacio en el que un día estuvo albergada mi alma mater, la ENAH Unidad Chihuahua; sí, retornaba a la escuela, pero para desempeñarme en la Extensión Creel y esa idea me gustaba, me entusiasmaba aún más.



Imagen 15. Biblioteca EAHNM en cambio. Foto Tobías García Vilchis 2016.

Pronto conocí al pequeño equipo de trabajo que laboraba en la Extensión Creel; me encontré con Amelia García – compañera y amiga de generación–; con las profesoras de la especialidad en Antropología Física: Minea Sánchez e Ivette García, y por supuesto con Abel Rodríguez; con Rafi, quien fungía (y lo sigue haciendo) como todóloga entre Chihuahua y Creel en áreas sustanciales como Servicios Escolares y Biblioteca. Enseguida comprendí que estaba frente a un equipo, sí, pequeño, pero bien cohesionado, y que trabajaba cabalmente a pesar de las condicionantes impuestas por la distancia.

Luego conocí a los alumnos que conformaban la planta estudiantil de la Extensión Creel, adscritos a las licenciaturas en Antropología Social y Antropología Física. Con gusto pude observar cómo algunos de ellos venían de distintos (y muy lejanos) lugares de la Sierra para estudiar Antropología; encontré que una buena parte de esa planta estudiantil estaba compuesta por jóvenes indígenas, rarámuri. Con el paso de los semestres hallé en ellos respeto, compromiso y disposición para aprender. Encontré también un renovado interés por actualizar la producción antropológica en torno a La Tarahumara, pero ahora contada desde adentro, a través de sus propios actores sociales, protagonistas de los procesos políticos, económicos y socioculturales que actualmente se gestan en la región.

Todo esto me llevó a abandonar los atisbos que quedaban de aquellos prejuicios que construí alguna vez sobre la EAHNM y a trabajar en favor de un proyecto educativo (la Extensión Creel) que me parece sumamente pertinente dentro del devenir de la escuela.

Ahora, a más de cinco años del surgimiento de la EAHNM, estoy convencida de que aún quedan muchos retos por superar; que el primero de ellos –y quizá uno de los más importantes– va explícito en nuestro nombre, en nuestra razón social. Creo que el título de “Escuela de Antropología e Historia del Norte de México” aún nos queda muy grande, y lo digo con toda la responsabilidad que me compete como parte de esta noble institución.

A pesar de ser la escuela de educación superior que ofrece la mayor gama de posibilidades en formación antropológica en el norte de México, basta con que nos detengamos un momento para preguntarnos en forma crítica, ¿qué tanto conocemos de “ese norte”, una región tan vasta como compleja? ¿Qué tanto sabemos en materia arqueológica, lingüística, antropofísica y sociocultural de entidades como Coahuila, Tamaulipas o Baja California? ¿Nuestras investigaciones muestran ese norte? ¿Qué tanto más nos falta por hacer?

En este sentido, ya no basta con que nos escudemos bajo la bandera de que el norte de México es una región profunda, poco estudiada, interpretada desde parámetros ajenos a ella, y a la cual no le ha hecho verdadera justicia el análisis antropológico de nuestro país. Es momento de tomar “el toro por los cuernos” y emprendamos entonces esa labor de investigación

que nosotros mismos hemos demandado para el norte, nuestro norte.

En segundo lugar, considero que tenemos una asignatura pendiente, que se ha tornado difícil de resolver. A pesar de contar con cuatro especialidades del quehacer antropológico en nuestra institución (Antropología Física, Antropología Social, Arqueología y Lingüística Antropológica), no hemos logrado establecer una verdadera atmósfera de labor inter y transdisciplinaria internamente. Más que entablar un diálogo fructífero entre disciplinas, que nos lleve a proponer explicaciones más integrales de los fenómenos que nos atañen, hemos optado por trabajar “desde nuestras trincheras” (que a mi parecer son una especie de “micro trincheras”) y que funcionan incluso a modo de competencia, lo cual creo que es un obstáculo serio para el alcance de objetivos institucionales para la EAHNM.

Creo que para sortear este reto, basta con que realicemos acciones simples, que sumemos voluntades y volteemos a ver qué están haciendo el resto de nuestros colegas. Considero que una de las fortalezas de la EAHNM, al momento de ser creada como tal, fue precisamente la idea de generar un espacio académico para el intercambio y el trabajo interdisciplinarios, pero me parece que aún no hemos comprendido esta finalidad.

Por último, quiero cerrar este escrito dedicando un espacio al área de trabajo en la que me desempeño dentro de la EAHNM: la Extensión Creel; un proyecto educativo que ha despertado múltiples controversias (e incluso inconformidades) por muchos sectores dentro de nuestra propia institución. No obstante, existimos otros más que estamos convencidos de sus bondades y de su verdadero potencial como unidad académica, y núcleo de investigaciones in situ, en el corto, mediano y largo plazo.

La Extensión Creel de la EAHNM, al ser creada como plataforma de formación a nivel superior en la Sierra Tarahumara, es un espacio idóneo para la producción de cuadros antropológicos desde una visión distinta, en la voz –como ya lo mencioné– de aquellos actores sociales que protagonizan los procesos socioculturales de una de las regiones indígenas más emblemáticas del norte de México: La Tarahumara.

No sólo se trata de una pequeña (minúscula, dirían algunos) comunidad académica. En realidad, considero que la Extensión Creel representa un lugar ganado en una zona caracterizada por la marginación y la pobreza; es la oportunidad que tenemos para reeditar, aunque sea un poco, todo eso que nos han otorgado los habitantes de la Sierra Tarahumara, como parte fundamental de nuestras investigaciones.

Día a día veo en la Extensión Creel todas aquellas vicisitudes que sortee como alumna de esa “octava licenciatura de la ENAH”; las mismas “aventuras” que tuvo que enfrentar la ENAH Unidad Chihuahua en su momento. No todos la conocían, la comunicación con su sede central no siempre era óptima, no contaba con instalaciones propias, y sus condiciones de

trabajo a veces (casi siempre) eran limitadas... pero la ENAH Unidad Chihuahua supo enfrentar todas y cada una de estas situaciones, para transformarse en lo que ahora es.

En ese sentido, encuentro en esta "nueva" EAHNM una parte muy entrañable de mi querida ENAH Chihuahua, de su espíritu y de su razón de ser. ¿A dónde fue mi Alma Mater? Reza el encabezado de esta reflexión. A cinco años de distancia, puedo decir que personalmente me he reencontrado con ella en el lugar que ahora es mi centro de trabajo... en la labor, las motivaciones, las expectativas y las aspiraciones de quienes somos parte de este noble proyecto educativo llamado Extensión Creel, y de quienes colaboran con él desinteresadamente (académica y administrativamente hablando) para que éste siga vigente.



Imagen 16. Obras de Ampliación de la EAHNM . Foto Tobías García Vilchis. Dic 2 2013.